

BABULAL

Estaba haciendo cola. Cola de 20 a 30 hombres que esperaban encontrar trabajo como empleados domésticos, bajo el sol abrasador de un medio día en Nueva Delhi. Acababa de mudarse aquí, en el barrio de Greater Kailash, un nuevo “mamsaib” con su esposa y su hijito. Era diplomático extranjeros y éstos pagaban mejor que los amos indios.

Babu pensaba, mientras esperaba, en su pueblo, en Rama, su esposa, su hijita de 5 años y Bijai, de meses de nacido. Era feliz con su familia pero ¡eran tan pobres!...Por eso se había venido a la capital, a buscar trabajo de “sweeper” o barrendero. En India, por ley, el sistema de castas había sido abolido no hacía muchos años pero, en la práctica, seguía la costumbre. Era más bien un sistema basado en el tipo de ocupación y él era barrendero, la casta más baja en la escala laboral. Arriba de él estaría el cocinero y el mayordomo. A la par de él, el “dhobie” o lavandero y el “mali” o jardinero, todos ellos hombres, según la costumbre. Las mujeres en el hogar solo eran empleadas como “ayas” o niñeras. Seguramente estos señores extranjeros necesitarían una, pues tenían un hijo pequeño.

Estaba nervioso. Sus enormes ojos negros, sumamente expresivos, dejaban ver, sin lugar a dudas, su ansiedad, la enorme necesidad que tenía de conseguir este empleo; de lo contrario, serían muchos días más de medio comer, de no tener dinero para mandar a su familia... Pero también revelaban su honestidad y su enorme bondad. Era joven, muy joven y ya llevaba sobre sus hombros la responsabilidad de mantener una familia; 24 años. En cualquier lugar de Occidente, a esa edad, la gran mayoría de los jóvenes se están divirtiendo en cines, discotecas, comiendo bien, mantenidos aún por sus padres. Pero India era India. Allá la niñez, la juventud, prácticamente no existen. Desde que las criaturas tienen uso de razón tiene que buscar la manera de sobrevivir y en sus primeros años ni siquiera hay tiempo de jugar.

Por fin le llegó su turno. Nervioso, temblándole la mano, extendió a mamsaib sus cartas de recomendación. Cruzaron sus miradas, las de oriente y occidente, las de dos hombres jóvenes, sin embargo, que buscan el bienestar de sus familias. En esos ojos negros y sinceros el hombre blanco vio honestidad y eso fue suficiente... ¡estaba contratado!, para empezar al día siguiente....

Conoció entonces a Madam y a José. Ella era joven. Tendrá mi edad, pensó Babu. José, un chiquillo sonriente de 5 años, la misma de su hijita... Y Madam le dijo algo que lo dejó sorprendido: “No estoy acostumbrada a tener tantos empleados en mi casa, no me gusta y no los necesito; desde hoy tú serás mayordomo y barrendero y como José ya es un niño grande, no necesita niñera. Si tenemos que salir, tú lo cuidarás, yo cocinaré y tú me ayudarás en la cocina si hace falta, ¿estás de acuerdo?”...En ese momento ni cuenta se dio él, ni ella, de la importancia de lo que acababa de escuchar pero en realidad, acababa de ser promovido,

instantáneamente y pasando por encima de tradiciones milenarias, de barrendero a mayordomo, había ascendido a la casta más alta.

A las dos semanas de trabajo recibió un telegrama de Rama. Su hijita mayor había muerto como tantos niños mueren allá diariamente. Los amos le dieron permiso de ir al pueblo, con desconfianza, pensando que era una excusa y que nunca más lo volverían a ver. Pero él regresó, y le dieron permiso de traer a su esposa y a Bijai. José se hizo amigo del nene y él cuidó de los amos con lealtad, con cariño y con agradecimiento.

La familia vivió en India como dos años, en los que él aprendió de ellos sus costumbres, su manera de ser, sus gustos. Y ellos aprendieron de él las costumbres del país, shantra, papita, dhanía y chicu (naranja, papaya, cilantro y chico zapote), más muchas palabras más.

Tampoco se habían dado cuenta, aquel primer día en que fue contratado, que había marcado su destino para siempre, pues este memsaib y su familia fue destinado a otro país y dejaron la India para siempre, pero Babu continuó trabajando para empleados de esa embajada y a la fecha es el mayordomo principal de la residencia del embajador. Después de Bijai tuvo otro hijo y dos hijas que son profesionales y casados. Babu Lal ya es abuelo panzón y satisfecho de sus logros.

Madam soy yo y Babu Lal se quedó conmigo. Es de esas personas que llegan a nuestra vida para quedarse adentro dándonos una sensación de bienestar, de buenos recuerdos, de fe en la bondad del ser humano. Nunca lo volví a ver pero lo veo con frecuencia, viene a mí en los recuerdos con sus enormes ojos negros, su bella cara morena.